

torpezca la rápida marcha de los pueblos. Nada hay nuevo debajo del sol, ha dicho con profunda sabiduría el sagrado testo; y no es nueva tampoco esa loca vanidad, ese insoportable orgullo del espíritu humano. También en otro tiempo condenó el cristianismo como absurdo, como criminal, como contrario á las leyes del imperio, como incompatible con el órden público y la existencia de la sociedad, como religion despreciable, envilecedora, propia únicamente de miserables y esclavos; y sin embargo, el cristianismo vió dispar á su presencia las escuelas filosóficas como ligera niebla tocada de los rayos del sol; y se arraigó, y se propagó, y se apoderó del sôlo de los Césares, y resplandeció en el lábaro de los señores del mundo, y sojuzgó y civilizó á los bárbaros, y triunfó de los árabes y crió la Europa moderna. También en otro tiempo el mismo orgullo, con la Biblia en la mano, pretendía marcar la caída de la ciudad eterna, el fin de la cátedra de San Pedro, con la misma precisión y exactitud con que señalan los astrónomos el momento de un eclipse; y no obstante, esa cátedra permanece y vive, acatada por numerosos pueblos, y la palabra del Divino Salvador no se encuentra fallida. También en el siglo anterior, en la época de la pujanza filosófica del hombre de Ferney, se pronosticaba con tono de seguridad y de certeza, que estaba por sonar la hora estrema para la *superstición y el fanatismo*: sonó, sí, una hora terrible; pero no fué mas que la hora de persecucion, semejante á la que saliera de la urna del Eterno en los tiempos de los Nerones, de los Decios, de los Dioclecianos. Sonó la hora en que Dios quiso probar á la Iglesia como el oro en el crisol, para presentarla mas resplandeciente á los ojos de las naciones y sacarla victoriosa y triunfante de las manos de sus enemigos: cubierta de tanta mayor gloria é inspirando interés tanto mas vivo, cuanto eran mas anchas y profundas las cicatrices recibidas en el terrible combate.



LA PRENSA.

La prensa comenzó dandó á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música, la poesía, la pintura, nacieron en los templos, y han bajado hasta los burdeles y tabernas. Pero de la propia suerte que los poetas ramplones no desacreditan á Homero, Virgilio y Tasso, que las sonatas de un mal instrumento nada quitan á los acentos de Rossini y de Mozart, y los prodigios de Miguel Angelo y de Rafael nada pierden de su mérito sublime por ecsistir mamarrachos en patios y esquinas, tampoco debe caer en desprecio la prensa porque algunos la hayan desacreditado por sus desmanes y excesos. El abuso y el uso son cosas que no deben confundirse jamas; si para destruir aquel se debiera prohibir éste, apenas ecsistiera nada sobre la tierra. ¿De qué no abusa el hombre? Abusa de su entendimiento, de su voluntad, de todas sus potencias y facultades, de sus sentidos, de su cuerpo, de su fortuna, de su reputacion, de sus relaciones, de todo cuanto le rodea: porque no hay mal que no se consume abusando del bien: hasta el blandir alevé acero que desgarrá un pecho inocente, es un abuso de la mano y de un metal; instrumentos preciosos que nos ha concedido el Criador para labrar nuestra dicha.

Si bien se observa, la prensa no es mas que una manera de hablar: es una especie de lengua que solo se diferencia de la comun, en que suena mas alto, se hace oír con mas rapidez y universali-

dad, y deja consignado é indeleble para mucho tiempo todo lo que dice. Es una perfeccion del órgano que nos ha dado la naturaleza; es un suplemento á su debilidad, á su poco alcance, á la breve duracion de sus sonidos; como lo es tambien la escritura, como lo son todos los signos de que el hombre se ha valido para estender y conservar su palabra; no siendo otra cosa que el mas perfecto entre estos signos, una manera mas perfecta de escribir, y por tanto de hablar. La imprenta es á la escritura lo que son al dibujo el arte daguerreotípico, y todos los demas que tienen por objeto trasladar de un golpe al lienzo, al papel ú otra tabla cualquiera, lo que la mano del dibujante no podria hacer, sino con mucha lentitud y procediendo por partes.

Con estas observaciones se deja en claro el mérito que encierran las declamaciones que en pro y en contra de la prensa se están oyendo todos los dias: es un hecho como los demas que existen en el mundo; es un bien cuyo abuso constituye un mal: si por estas razones se intenta condenarla, condénense la pintura, la escultura, la poesía, la música, condénense todas las ciencias, todas las artes; condénense el cuerpo del hombre, sus sentidos, su voluntad, su entendimiento, su espíritu inmortal; condénese todo cuanto hay mas respetable, mas santo, mas augusto sobre la tierra, pues que desgraciadamente el hombre de todo abusa. Se habla de inconvenientes; ¿y dónde no existen? Se lamentan los males; ¿cuántas cosas hay que no los acarreen directa ó indirectamente, cuando no sea por otra causa, por la manera con que de ellas nos valemos? El lenguaje cuyo auxiliar es la prensa, á la par de sus buenos efectos, ¿no los produce tambien malos y de trascendencia incalculable? ¿han podido olvidarse los proverbios en que la sabiduría de la experiencia ha compendiado el bien y el mal que hace la lengua, segun el modo con que la empleamos?

Se habla mucho de esta *lepra de las sociedades modernas*, de ese *elemento disolvente*, usándose á cada paso expresiones semejantes. Reconocemos como el que mas los daños acarreados á las sociedades modernas por ese instrumento terrible, por ese formidable agente, órgano del entendimiento é imagen de su inmensa actividad, de su fuerza expansiva, de su increíble rapidez; pero tampoco podemos echar en olvido los bienes de que le son deudoras las ciencias, las artes, la sociedad, la religion misma. Así miramos como un singular favor del cielo la sublime inspiracion que tantos beneficios nos trajera; estando de acuerdo sobre este particular con el gran Papa Leon X, en el concilio de Letran celebrado en 1515, cuando proponiéndose remediar y precaver los males acarreados

por la prensa ya en aquella sazón, tributaba, no obstante, los mayores elogios al sublime descubrimiento, mirándole como un favor particular del cielo: "*Ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris divino favente numine, inventa, seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, &c.*" Es notable que ya en aquella época, aun antes de la aparicion del protestantismo, y cuando el arte de imprimir estaba todavía tan prócsimo á su cuna, se cometian notables y numerosos escesos, que la autoridad apostólica se ve precisada á reprimir. En diversas partes se publicaban libros en idioma latino y vulgar; ya originales, ya traducidos del griego, del hebreo, del arábigo, del caldeo, en los que se propagaban errores y perniciosos dogmas contrarios á la religion cristiana; y lo que es todavia mas particular, se dirigian ataques contra las personas aun las mas condecoradas por su elevada dignidad; resultando de esto grandes errores en la fé, y en la vida y costumbres, originándose repetidos escándalos, cuya gravedad enseñaba ya la experiencia, y temiéndose para en adelante otros mayores. Ya entonces se recelaba que una invencion saludable, destinada á la gloria de Dios, al robustecimiento de la fé y á la propagacion de las buenas artes, no sirviese para todo lo contrario, dañando á la salud de los fieles, haciendo crecer espinas junto con las semillas buenas, y mezclando el veneno con la medicina. No cabe apreciar con mas pulso, con mas prudencia, los efectos buenos y malos de la prensa; no cabe mas moderacion en distinguir el abuso del uso, y en reconocer en el descubrimiento un gran beneficio de la Providencia, á pesar de la manera dañosa con que de él se servia la malicia de algunos hombres.

Recordamos con mucho placer las graves sentencias de aquel Sumo Pontífice, para que se vea que la cuestion de la prensa es ya muy antigua, para hacer notar que lo que han dicho posteriormente de mas grave y juicioso los publicistas y legisladores, lo habia compendiado en pocas palabras mucho antes que ellos, un Papa. Y al mismo tiempo para evidenciar cuánta prudencia, cuánta prevision manifestaron en este negocio los romanos Pontífices. Es, por cierto, muy curioso é interesante, el ver ahora cómo luchan con la agobiadora dificultad, los mismos que miraran tal vez como horrendos atentados contra la libertad humana, las providencias de los Papas, en que se procuraba contener el abuso de esa arma terrible, poniéndole algunas limitaciones para que no atacase la fé, no corrompiese las costumbres, y respetase el decoro de las personas constituidas en dignidad. Ya en aquellos tiempos el mal era mucho y el peligro mayor; ya desde entonces la cátedra de San Pedro, depositaria

de la verdad, y vigilante atalaya de los mas sagrados intereses de las naciones, las amonestaba de los riesgos que consigo traeria esta invencion en los siglos futuros (1).

La accion de la imprenta se ha extendido á todos los órdenes, ha obrado en los sentidos mas diferentes, no siendo posible señalar ninguna institucion, sobre la cual no haya ejercido notable influencia. La religion, la sociedad, la política, las ciencias, la literatura, las bellas artes, todo se ha resentido de la portentosa invencion; todo tiene mucho que agradecerle, y no poco de que acusarla. Mas por lo mismo que la accion del nuevo agente era tan universal y eficaz, necesario es resignarse á encontrar el bien al lado del mal: el mismo sol que alumbraba, fecunda y embellece la tierra, agosta con sus ardores las campiñas, corrompe las lagunas, y levantando exhalaciones pestilentes, siembra la desolacion y la muerte por estendidas comarcas.

Mucho tiene que lamentarse la religion, pero en cambio, no poco de que alegrarse; pues si bien es verdad que la imprenta ha servido para difundir los errores y preparar esa era de incredulidad y escepticismo que nosotros alcanzamos, tambien lo es que la ciencia

(1) Hemos presentado ya las sentencias del citado Papa; pero descosos que los lectores se formen clara idea de la prudencia, moderacion y prevision que encierra el indicado documento, transcribiremos original su preámbulo.

LEO X. IN CONCILIO LATERANENSI.

Inter sollicitudines nostras humeris incumbentes, perpeti cura revolvimus, ut errantes in viam veritatis reducere, ipsosque lucri facere Deo (sua nobis cooperante gratia), valeamus; hoc est quod profecto desideranter exquirimus, ad id nostre mentis sedulo destinamus affectum, ac circa illud studiosa diligentia vigilamus. Sane licet litterarum peritia per librorum lectionem possit facilliter obtineri, ac ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris diuino favore nuntina, inventa seu aucta et perpetua, plurimum mortalibus utilis et commoda, cum parva impensa, copia librorum maxima habeatur, quibus ingenia ad litterarum studia percommode exerceri, et veri eruditi in omni linguarum genere, prorsus autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam ab unitate offedamus, facile evadere possunt, qui vitam infideles sciant et poleam sacra in salutis instruere, fideliisque collegio, per doctrinam christianam, fidei salubriter aggregare: quia tamen multorum quereis nostrum et sedis apostolicæ pulcherrimum auditum, quod nonnulli hujus artis imprimendi magistri, in diversis mundi partibus, libros, tam Græcorum, Hebræorum, Arabicorum et Cædæorum, linguarum in latinum translatos, quam alios latinos, ac vulgari sermonis editos, errores etiam in fide ac perniciosos dogmata, etiam Religioni Christiane contraria, aut contra formam personarum civitatis dignitate fulgentium, continentes, imprimere, ac publice vendere pressumunt, ex quorum lectura non solum legentes non edificantur, sed in maximis potius tam in fide, quam in vita et moribus probantur errores, unde varia sæpe scandala (prout experientia rerum magistra docuit) exorta fuerunt et majori in dies exoriri formidantur. Nos itaque, ne id, quod ad Dei gloriam et fidei argumentum, ac bonarum artium propagationem, salubriter est inventum, in contrariam convertatur, ac Christi fidelium salutis detrimentum patiat, super librorum impressione curam nostram habendam fore diximus, ne de cætero cum bonis seminibus spine coalescant vel medicinis venena intermiscantur.

religiosa se ha levantado á un punto á que de otra manera le fuera difícil llegar; y que la misma contradiccion que ha sufrido la fé católica, ha hecho que se demostrase la solidez de sus fundamentos con una evidencia, con un caudal de erudicion y de saber, que sin el poderoso vehiculo de la imprenta, quizás no se hubiera logrado. Sin este auxilio, ¿cómo sería posible que disfrutásemos de esa muchedumbre de ediciones de la Biblia, hebreas, caldaicas, siriacas, griegas, y en tantos otros idiomas? ¿cómo sería dable que los sábios tuviesen á la mano aquellos riquísimos depósitos, que todos contribuyen á manifestar la verdad de nuestra santa religion, su augusta antigüedad, y los demas títulos que la acreditan de divina? ¿y las innumerables paráfrasis, y las interpretaciones, y los comentarios, y tantos trabajos como se han hecho sobre el sagrado testo por los santos padres y doctores eclesiásticos, cómo se hubieran podido generalizar, y muchos de ellos ni tal vez conservar sin el socorro de la imprenta? ¿y qué diremos de las ediciones de los concilios, de las obras de los santos padres, de las decisiones pontificias, de los escritos de los teólogos y canonistas, de los apologistas de la religion, que la han defendido á la luz de las tradiciones, de la crítica, de la historia, de la cronología, de la filosofia, de las ciencias naturales y exactas, que han interrogado la inmensidad del cielo, han preguntado á la entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la metafísica, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos con sus legisladores, sus sábios, sus sacerdotes, y ora recogiendo la preciosa verdad, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para defender la augusta religion del Crucificado, y desbaratar á sus obstinados enemigos? Reflexionemos que si la imprenta ha sido arma terrible cuando la ha manejado el genio del mal, tambien ha sido un beneficio inestimable en manos de la Providencia. ¿Quién es capaz de calcular el daño acarreado por la propagación de los malos libros? ¿pero quién calculará tampoco el bien producido por los buenos? Estendieronse las obras de Lutero, de Calvino, de Melancton, de Teodoro de Beza, de Escalampadio, de Jurieu; pero á su vez se difundieron de la propia suerte las de los antiguos padres, las de Santo Tomás de Aquino, de Melchor Cano, de Belarmino, de Suarez, de Petavio, de Natal Alejandro, de Bossuet, y otros innumerables, con cuyos nombres se honra la causa de la verdad. En tiempos mas cercanos se han hecho numerosas ediciones de las obras de Voltaire y de los filósofos de su escuela; pero ¿son pocas acaso las que se han publicado tambien de los apologistas católicos? Voltaire se propuso mostrar el cristianismo como cosa despreciable, ridícula, enemiga de la ciencia, de las be-

llas artes, é inconciliable con todo adelanto social; Chateaubriand acometió la noble empresa de manifestar todo lo contrario, demostrando que la religion de Jesucristo está en inefable armonía con todo cuanto hay de grande, de sublime, de bello, de tierno; y preguntaremos nosotros, ¿qué obras se han difundido mas, las del filósofo de Ferney, ó las del cantor de los Mártires? ¿cuáles se han traducido á mayor número de lenguas? en igual tiempo, ¿de cuáles se han tirado y espendido mayor número de ejemplares? ¿cuáles andan en manos de mayor número de personas? esto lo saben los versados en la bibliografía; pero hasta cierto punto no puede ignorarlo quien alcance siquiera á leer. Entrad en un gabinete ora pertenecia á un sábio, ora á una persona medianamente instruida; recorred los estantes de sus libros; pocas veces encontrareis á Voltaire, casi siempre á Chateaubriand.

Los que han dicho que la imprenta habia sido un golpe de muerte para la causa de la *superstición y del fanatismo*, es decir segun ellos, para la causa de la religion católica, se han mostrado bien poco conocedores de la historia científica y literaria de Europa, desde la invencion de Guttemberg. Sucédeles á no pocos de los adversarios de la religion, que habiéndose formado en un pequeño círculo de hombres y de libros, se imaginan que no existe otro mundo que aquel donde han vivido; manifestando á menudo tan crasa ignorancia de lo que ha pasado y está pasando todavía fuera de los estrechos límites de la region en que se han encerrado, que bien han menester la tolerancia de otros que han alcanzado mayor estension de noticias y mas elevacion de ideas. No les habéis á esos hombres de tal ó cual ilustre apologista de la religion, no les menteis los trabajos que se están haciendo en este ó aquel sentido; nada saben de cuanto les decís; paréceteles bien extraño que haya todavía necios que se ocupen en defender una causa que creian *fallada sin apelacion*. Saben el nombre de Bossuet, pero quizás nunca abrieron sus obras; concénle porque han visto acá y acullá que se habla del ilustre obispo de Meaux, porque han oído apellidar su escuela, ó porque en las obras de literatura le han hallado en el catálogo de los oradores eminentes. ¿Pronunciais el nombre de Belarmino? quizás ignoran hasta la existencia del insigne cardenal, ó si á tanto no llega su falta de noticias, tal vez no tienen de él otro conocimiento que el haber oído hablar de no sé qué doctrinas sobre la potestad temporal de los Papas. Si recordais el nombre de Santo Tomás de Aquino, notareis desde luego que no lo reputan bueno para otra cosa, que para alimentar la curiosidad de los escolásticos; y si citais algun santo padre, conoceréis que sin haber visto nunca sus obras,

las miran como antiguallas, solo respetables por el tiempo que sobre las mismas ha transcurrido. Así, imaginándose que los católicos viven en estrechísima esfera, donde no se respira otro aire que el de los seminarios conciliares ó de los claustros, paréceteles inconcebible que haya todavía hombres *ilustrados* que sostengan ó *aparenten* sostener doctrinas que caducaron para no rejuvenecer jamas.

A los ojos de estos hombres, verdaderamente preocupados por la impiedad, y dignos de lástima por su ceguera, la imprenta fué la muerte de la religion católica, y es en la actualidad, y será en adelante la mas segura garantía de que no podrá resucitar. Lejos de participar de semejantes temores, abrigamos la firme conviccion de que la misma imprenta será uno de los medios de que Dios se servirá para hacer triunfar la religion verdadera, haciéndole reconquistar el terreno perdido; esperamos, que así como la Providencia ha hecho ya que por este vehiculo se esclareciesen admirablemente las mas profundas cuestiones, y se diese solucion cabal á las dificultades con que los enemigos de la religion se proponian abrumarla, así tambien hará en adelante, que en la profusion con que se derraman los libros de todas clases, prevalezcan en número y en tractivio, los útiles y los saludables; y pues que atendido el curso ordinario de las cosas, no es dable impedir la circulacion del veneno, al menos se propinará en abundante cantidad el preservativo, con las sanas doctrinas que forman el verdadero alimento de los espíritus. No, no nos asusta ese prodigioso movimiento que en las sociedades modernas se despliega, y que se hace sentir particularmente en las producciones de la prensa; no nos asusta el ver sustituido á la fuerza del hombre el vapor, dando impulso al admirable mecanismo que con rapidéz instantánea lanza y fija sobre el papel las concepciones del humano entendimiento, multiplicándolas en escásimo tiempo de una manera asombrosa; aquellas máquinas que estampan los pensamientos del genio del mal, estampan del mismo modo las revelaciones hechas por Dios al hombre, conservan las augustas tradiciones de los tiempos primitivos, consignan los descubrimientos que la historia y la filosofia están haciendo en pro de la causa de la verdad, reproducen en abundancia los libros de educacion, donde encuentra la niñez sanos principios que le enseñan la verdadera fé y la purísima moral de Jesucristo, y cien y cien otros escritos, que bajo diferentes formas, en distintos aspectos, en variados estilos, en todas las lenguas, cuentan como los cielos, la gloria del Señor, y anuncian como el firmamento, las obras de sus manos.

Es indigno de espíritus católicos el asustarse á la vista de semejante movimiento, y el abrigar desmedidos temores con respecto á

las consecuencias de tan sorprendente desarrollo: ya que sabemos que la Iglesia católica ha de durar hasta la consumacion de los siglos, que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, que así lo tenemos prometido por aquel cuya palabra no pasa sin cumplimiento, y que los hechos han de venir á confirmar y demostrar verdadera, no podemos dudar ni un momento de que tiene preparados los remedios oportunos para curar el mal que originarse pueda en circunstancias nuevas, ni debemos desfallecer á la vista de los peligros, por mas insuperables que se ofrezcan á nuestra pequeñez y debilidad.

Quando el divino Fundador de nuestra religion envió á los Apóstoles á predicar el Evangelio por todo el universo, no ignoraba las revoluciones y mudanzas de que el mundo habia de ser teatro. Pateente estaba á sus ojos cuanto habia de suceder en los siglos venideros; y veia ya el momento en que surgiera de la cabeza de Guttemberg la sublime invencion, y veia el profundo cambio que esto habia de producir, el irresistible impulso que con esto habian de adquirir las ideas, y los abusos á que se habian de arrojar la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veia los peligros que la fé estaba destinada á correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriría, y las pérdidas que esto debia acarrear á su religion sacrosanta; veia todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiramos, pues, con humilde reconocimiento, su inefable dignacion en salvar la combatida nave, hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante á los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecia los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus limites al mar, cuando estendia el cielo como un magnífico pabellon, y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religion católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamas ha esquivado la discusion; antes al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado á su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta, se habian escrito ya innumerables volúmenes sobre todos los puntos de la religion, y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos la asombrosa propagacion que obtienen ahora, ni habria sido dable tampoco multiplicar de la manera que se ha he-

cho en los tiempos modernos, las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y exactas, formando ese admirable conjunto de erudicion y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante á convencer á todo hombre sensato, de que la religion católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente despues de la invencion de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religion de Jesucristo, de las demas que han existido y existen todavía. En estas, la discusion religiosa no ha tenido jamas un desarrollo considerable. Oscuras en su origen, enigmáticas en sus espresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable humanidad, condenándola á vivir en el ilotismo, ó cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta á las pasiones mas vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal*; y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones, y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religion: sin admitir el desatentado y funesto principio de cesámen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse á sí misma, faltando á la institucion del divino Fundador, ha procurado, no obstante, que no cesase nunca la discusion sobre las materias mas graves, fomentando ella misma la fundacion y progreso de aquellos establecimientos, cuyo objeto era la conservacion y el lustre de los estudios religiosos.

Lejos, pues, de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el Catolicismo un golpe de muerte, por haber promovido con mayor estension las controversias sobre las cuestiones mas importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos, que ese nuevo medio de propagacion, secundaba los designios de la Iglesia católica; sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se espresaba sobre este asunto el Papa Leon X, al propio tiempo que se proponia reprimir los abusos que ya en aquella época se introducian. Escaminense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la cátedra de San Pedro no foreja como le achacan sus calumniadores, para detener el curso de la civilizacion, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atras, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas

alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, sí, refrenar los excesos, precaver los grandes males que amenazan á la religion y á la sociedad, si no se acude á tiempo; pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar éste sin destruir aquel, y reconoce de la manera mas clara y terminante, que la invencion de la imprenta ha sido un favor particular del cielo, *divino favente numine*; que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sábios católicos, de los cuales abunda la Iglesia romana, *et viri eruditi in omni linguarum genere præsertim autem catholici quibus sanctam romanam ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt*, que este descubrimiento habia sido para la gloria de Dios, apoyo de la fé y propagacion de las buenas artes, *quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum*. De esta suerte se habla cuando se procede de buena fé, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor á la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, ó ignoraron su historia, ó la calumniaron á sabiendas.

Uno de los mas notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta, es el haber dado al pensamiento una fuerza é influjo, mucho mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una accion muy poderosa, tambien es cierto que habia menester vincularse con algunos intereses ó instituciones, para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica tambien ahora, pues que tambien ahora como antes, las ideas necesitan hacerse, por decirlo así, palpables, y personificarse de suerte, que la sociedad vea en ellas alguna cosa mas que la mera ensenanza de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de expresion, por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones é intereses que tengan con ellas alguna simpatía; y por tanto llegan con mucha mas facilidad á formar un cuerpo que las adopta como propias, que se constituye su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad, saliendo de los límites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y estender instituciones á propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan á aquel número, que faltas de principios de vi-

da, están destinadas á pasar como ligera exhalacion que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demas, y que obra mas ó menos á las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos países donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta, deje ésta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su accion será oculta, lenta, indirecta; habrá menester mas tiempo para consunar sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se estravie de su legítimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleven en su ejercicio, lo compensará con los engañosos velos de que sabrá cubrirse, atrayéndose mas partidarios, por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como victima de la persecucion, por haberse constituido defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo XVIII, estuvo la imprenta sujeta á la censura, y sin embargo, difícil fuera señalar una época en que su accion hubiese sido mas terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si por lo mismo que eran prohibidas se propagaban con mas abundancia, y se leian con mayor avidéz? Al estallar la revolucion de 1789, se proclamó la libertad de la prensa; pero los miembros de la asamblea constituyente, no habian, por cierto, necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas, con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas, é inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida tambien á vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas á los acentos de la verdad, y preparasen las trabajosas agitaciones de que es víctima la generacion actual. En tiempo de lo que se llama la *omino-sa década*, tambien es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba, por medio de la lectura pública ó clandestina de libros nacionales y extranjeros. En confirmacion de este aserto, véase lo que sucedió á la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes, ó habian fallecido, ó comian el pan de la emigracion en países estranos; esto no embargante, se hallaron imbuidos en los nuevos sistemas, una muchedumbre de jóvenes que no habian podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas, y que por tanto, debieron de haberlas bebido en libros que leerian con tanto mayor placer y con mas viva curiosidad, por

lo mismo que veían su contenido en oposicion con todo cuanto los rodeaba.

Lejos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos, en atajar los excesos de la prensa, en impedirle que no acarree daño á las sanas ideas y á la buena moral; solo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce, y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

La *opinión pública* es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo, en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinion de unos pocos, que por engaño, pasiones ó intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposicion con el pensamiento, y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinion pública, y que no impidiéndoselo la violencia, se da á conocer tan á las claras, que tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinion pública, la de la mayoría de los hombres juiciosos; y que además sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinion, tambien se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es; de manera que alcanzan á encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fé.

De aquí ha resultado que la intervencion de la sociedad en los negocios que la interesan, se ha hecho mas continua y eficaz; porque teniendo á la mano un órgano tan espedito para expresarse, le ha sido mas fácil ejercer su accion directa ó indirectamente, segun las circunstancias del país y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos, en los cuales se manifiesta cuál es la opinion pública sobre los mas graves negocios; y ora se publiquen con permiso del gobierno, ora salgan á luz á pesar de sus prohibiciones, ponen en discusion el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos, y fuerzan al poder á dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí, y prescindiendo de la latitud que se le concede en los países regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo á la intervencion popular, que las formas políticas mas liberales.

Estas llenan tanto mas cumplidamente el objeto de garantizar lo

que se apellida *libertades públicas*, cuanto mas espedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados ó las opiniones contrariadas. Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo, como no depende su existencia, de las combinaciones de esta ó aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institucion política, y por lo mismo no está sujeta á las mudanzas de todo cuanto á este órden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboracion de unos productos que siempre encontrarán salida; y por tanto, es un hecho social que los hombres pueden modificar pero no destruir.

Los efectos que esta invencion ha producido en la ciencia, son incalculables, y es uno de los trascendentales el que ha vulgarizado el saber, estendiendo las luces, verdaderas ó falsas, á un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio ó daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linaje de conocimientos; pero en lo tocante á la diffusion, no puede negarse que la ha aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos por medio de los simples manuscritos; de suerte, que cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastaríanos recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos, y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera, es indudable que éstos debian limitarse á un número inmensamente menor; y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobrecabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, lejos de admirarse de que los aventajemos en esto ó aquel punto, se asombrarian de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que estendiéndonos á mucho, profundizamos poco; y no sin razon se nos achaca un superficialismo que nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esto, como en todas aquellas proposiciones generales que espresan el resultado de la induccion de una infinidad de hechos difíciles de reunir, y mas todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa; y la razon y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva para no encarecer con demasiado entusiasmo ni vituperar con excesiva acritud. Por mas que se diga, la in-

teligencia se ha elevado en los siglos modernos á una altura á que no llegó jamás ni en los días mas nombrados de Grecia y Roma. La admiración que naturalmente se profesa á todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos á considerar á los escritores de aquellos tiempos, como hombres de otra raza superior á quienes es difícil, y casi imposible, igualar. Respetamos como el que mas el mérito de los antiguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan ecsagerados elogios; pero á decir verdad, al revolverlos una que otra vez, no hemos acertado á descubrir en ellos una sabiduría mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos: y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho mas grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos, fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platon, en Aristóteles, en Ciceron, en Séneca, en Tácito, y no esceptuamos la poesía ni otro género de literatura; opinando que si bien bajo este ó aquel aspecto pudieron aventajar á los modernos, éstos en cambio los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensacion es sobreaudante y el parangon no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden, que se deba principalmente á la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual, dando ideas grandiosas, verdaderas y esactas, sobre Dios, sobre el hombre y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad de pensamiento que distingue á los pueblos que le profesan. Así, es de notar que la superioridad de los modernos sobre los antiguos, se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado, por decirlo así, á familiarizarse con objetos cuya ecsistencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades, no podemos negar la parte que á la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagacion de las ideas: lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber, tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, á saber: que los excesos de la prensa no deben ecsasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversion el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista

que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la ecsistencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero se nos dirá, ¿cómo será dable impedir este abuso? ¿qué medios hay para sujetar á ese proteo que toma todas las formas, que elude todos los golpes? Problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman á las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro día nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad é independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podría parecer severa nuestra opinion, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento y de enemigos de la causa de la civilizacion, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento, cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo á todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano.

